

mil bestias de tiro. Nosotros no hemos logrado utilizar las mulas salvajes que adquirimos aquí; los franceses, pagando hasta tres mil pesos por un carro, han logrado reunir como cuarenta, que les sirven apenas para transportar los víveres que necesitan durante dos días; no teníamos calderas para hacer la comida, ni tiendas para abrigo á los soldados, ni medicinas para curarles, ni nada, en fin; fué necesario quitar velas de los buques y enseres de las cocinas para poder salir adelante en este clima infernal que mata con los mil medios que posee...

»Creo haber correspondido bien á la confianza que me dispensan mi Reina y el Emperador de los franceses, y á las facultades que me delegaron mis compañeros de misión.»

*20 de Febrero.* Salimos mañana; vamos á Orizaba, donde Prim se reunirá con nosotros. Hace un rato fuí á despedirme del señor Saligny y le encontré ocupadísimo: dictaba á un escribiente mientras bebía á sorbitos el vinillo que contenía una garrafa.

— Siéntese usted, me dijo, que ya vamos concluyendo. Estos malditos paisanos no me dejan descansar con sus reclamaciones. Casi no ha faltado uno de presentarse pidiéndome que solicite indemnización por daños reales ó fingidos, y yo he acordado siempre de conformidad...

¿Que muchos dicen mentira? ¿Que no hay tales daños? No me importa; me importa sólo que mi gobierno sepa se veja y molesta á sus súbditos; y aunque sea exagerando un poco, la cosa se consigue. Con permiso... (Vuelve á coger la pluma el oficial vestido de pantalón rojo y pelliza negra, prendas que hacían sudar sólo con mirárlas.)

*Lazalle, Desiderio.* Plagiado en su hacienda de Santa Inés, Distrito de Morelos.

*Dupart, Enrique.* Ocupación de unos caballos en Tamaulipas.

*Pommeras, Clemente.* Conducía sus carros que le fueron secuestrados.

*Perret, Emilio.* Plagiado en su hacienda de Tautitlán. Pagó un gran rescate, después de sufrir inmensas torturas por espacio de dos días.

Agregue usted, reflexionó el Ministro, que este francés murió á consecuencia de los malos tratamientos... Diga usted que Pommeras fué herido cuando pretendía defender su propiedad.

*Etcheparre, María.* Al salir del país para dirigirse á Francia fué herida cerca de Córdoba y murió al cabo de cuarenta días de sufrimientos.

*Pain, Antonio.* Molinero, asesinado en el molino del Batán, cerca de México. Los asesinos, á quienes reconocieron los perros que cuidaban del molino, gozan en paz del fruto de sus rapiñas.

*Poublau, Juan.* Buhonero asesinado en el camino real, á dos leguas de Cuernavaca.

*Fayer, Enrique.* Herido... no, mejor ponga usted muerto... muerto alevosamente por tropas de... Chávez, no, de... García de León.

*Robert, Augusto.* Robado; no, robado, no; plagiado y herido... plagiado y muerto, á consecuencia de horrosos tratamientos en Temascaltepec.

*Meniald, Vicente.* Golpeado por la policía de México... Este existió en realidad; pero la policía le golpeó porque, ebrio como estaba de ordinario, insultó y maltrató á los guardianes... ponga usted que golpeado y robado.

Soy con usted en seguida, señora, dijo mirándome con su lente siniestro; soy con usted tan pronto como acabe esta tarea... Capitán, sea usted tan bueno que concluya mi labor... Estaba ya sentado á mi vera el ministro, cuando el oficial se levantó como dudoso.

— Señor ministro, dijo, ¿se sirve su Excelencia decirme con qué documentos continúo?

— Con ningunos, imbécil; coja usted todos los nombres que figuren en la lista de la colonia, y póngales á un lado todo lo que se le ocurra en materia de incendios, raptos, robos, muertes, asesinatos y violaciones, y tiene usted hecho el trabajo...

— Pero... observó el pobre muchacho.

— No hay pero que valga; proceda usted como se le ordena... Un trabajo tan fácil... Conque sí, señora...

*Orizaba 8 de Marzo.* Me ha salido un admirador, y digo que me ha salido como podría decir que me ha salido un divieso. Se llama Pérez Calvo y es el cronista de la expedición española; pero ¡qué cronista! Ignoro qué irá á escribir sobre todo lo que estamos viendo; mas debe de ser cosa buena, si he de tomar en cuenta las noticias que á mí me trae diariamente. No parece sino que he de ser yo quien compagine y arregle las rapsodias que él imagina. En Veracruz no me dejaba descansar.

— Señora, se han reunido los comisarios.

— Señora, el ministro Saligny no ocurrió porque estaba enfermo.

— Señora, hubo hoy una de órdago en el seno de la comisión.

— Señora, Zaragoza ha remitido una nota preñada de amenazas.

— Señora, apuesto diez centenes á que antes de una semana estaremos en México; pero después de disparar muchos tiros, y de vencer grandes obstáculos.

— Señora, ámeme usted.

Y es claro que voy á amarle, pues un galán más apuesto no me ha salido hasta ahora. Figuraos un muñeco que no tendrá vara y media de alto, con unas narices poco ma-

yores que su estatura y una cabezota mayor que sus narices, con el pelo y los bigotes enteramente blancos, que le hacen aparecer como una negativa de fotografía, por el contraste con la tez morena, casi negra. Me parece que no es español, sino cubano, filipino ó cosa así; pero él no habla sino de la importancia de España, y de su poder, y de la guerra de Africa y de las hazañas de Prim. Mira á los mexicanos con gran compasión á causa de que no son españoles, y se duele de que Prim no haga aquí una de las que sabe.

Hoy llegó, y todavía cubierto de polvo y rendido de cansancio se presentó á saludarnos á la condesa (que se burla grandemente de él) y á mí.

— «Vinieron en buena hora, nos explicó, los famosos preliminares de la Soledad, pues de durar aquí unos días más, muy pronto habríamos dado cuenta de la expedición. Juárez y los suyos bien sabían lo que se hacían al entretenernos en Veracruz con moratorias y expedientes: seguros de que sus fortificaciones del Chiquihuite y Cerro Gordo valdrían un pitoche ante el valor de nuestras excelentes tropas, nos estaban matando gente, valiéndose no más del vómito, que es la artillería que por aquí se gasta. Hemos mandado á la Habana más de mil doscientos enfermos; los franceses tienen como seiscientos, y cien los ingleses. El otro día sentí dolor al ver pasar nuestro regimiento de Bailén... ¡Pobres sol-

dados, qué presa habían hecho en ellos las calenturas, la disentería y el vómito! Parecían espectros que empuñaban el fusil por un resto de vergüenza, no los mozos arriscados que trajimos; pero ya verán ustedes como no tardan en mejorarse.

»Acabo de ver á los soldados franceses. ¡Pobrecillos, qué camino han hecho y cómo han sudado! Veíase caídos bajo los árboles, á la sombra de los peñascos, á la orilla de los vallados, á los altaneros cazadores de Africa, á los valentísimos zuavos, á los apuestos marinos; y junto á ellos, con los cargas hechas pedazos, á las mulas jadeantes de fatiga é insensibles á los azotes de los arrieros. Hubo muchísimos atacados de insolación; yo sólo vi á un soldado que llegaba lanzando gritos de salvaje, azotando contra los árboles, clavando la cabeza en el suelo, y que concluía por echarse á un torrente: de allí le sacaron muerto.

»En cuatro días apenas había caminado ocho leguas la columna francesa; pero más despacio iban los carros que conducían los víveres: hubo necesidad de matar á tiros tres vacas salvajes para que pudiera comer la gente.

»En la jornada de Palo Verde á Paso del Macho, vimos atascados los carros del ejército francés; algunos marineros y un joven guardia marina habían pasado veinticuatro horas sin comer, haciendo desesperados esfuerzos para que las mulas, muertas de hambre por falta

de forraje, vencieran las dificultades que el camino ofrecía... Al fin llegaron los franceses; ¡pero en qué estado! fácil es que sus pérdidas pasen de trescientas plazas.»

9 de Marzo. Alarmado se me presentó el Joinville de la expedición española. Quiso hablarme á lo corto, y aunque yo comprendí que sacaría á cuento su eterna canción del *amor puro y santo que me tiene, al que sólo puede compararse como mezquino remedo el que los ángeles sienten por Dios*, como me perezco por el chismecillo, no pude excusarme de oír al galán de ébano y nieve: «Mal anda todo, señora; este paso del de los Castillejos, va á traernos quién sabe qué complicaciones. Delante de la condesa le digo á usted que Prim es un diplomático á quien Jiménez de Cisneros no sirve para descalzarlo; pero aquí, en lo confidencial, le digo á usted que ha hecho S. E. una grandísima chafarrinada con los tales pactos de la Soledad. Los liberales le injurian vilmente y aun hay alguno que se atreve á poner lengua en mi señora la condesa. «Y tú, Malinche, le dice. aconseja á tu marido el pirata que se porte bien.» En cuanto á los españoles, no son más blandos.

«Los españoles, escribe uno, somos mirados de reojo por los que creíamos venían á reivindicar nuestros derechos. Antes de hablársenos, se nos pregunta si somos de los buenos ó de los malos: los buenos son únicamente los

que simpatizan con los reformistas; los malos son los que no han querido hacer liga con los asesinos de nuestros compatriotas, con los enemigos de nuestra religión y de nuestra raza.»

«El patriotismo, vocifera otro, se retira viendo denigrar á los españoles residentes por los que venían destinados á enaltecerlo ante nuestros enemigos. ¿Qué es de la expedición tan deseada? ¿Qué es de aquellos que han ahogado sus suspiros ante la inquisición liberal? ¿Qué es de los que dejó huérfanos el puñal asesino? Dicen que en política siempre se buscan los fines, y que á veces por caminos tortuosos se llega más pronto al punto apetecido; que la diplomacia va más allá de lo que parece y que nuestro general ha ofrecido que el pabellón quedará bien puesto y más encumbrado que nunca. Pero mientras esto se dice, la realidad espanta.»

Otro comenta, tras de anunciar la llegada á Veracruz del doctor Miranda y del padre Villalobos: «El padre Miranda tuvo una entrevista con el señor Prim y le recomendó que tuviera conciencia: quiera Dios que este revolucionario no haga algún día la guerra á los aliados. Sería estupendo que las armas españolas llegaran á servir para batir á los verdaderos amigos que tiene España en la República. Pero todo es de temer, porque los rojos mexicanos, franceses y alemanes, hacen esfuerzos

para alucinar á los aliados, contándoles mil cosas de nuestros paisanos para lograr sus fines...»

«El convenio de la Soledad, dice una carta reciente, ha servido para revelarnos que las potencias de Europa sólo mandaron á México sus flotas y sus ejércitos para hacer lo que siempre ha podido hacerse sin tanto aparato, es decir, negociar un tratado cuyo resultado probable será el de tantos otros, rotos poco después de concluídos.

»Para eso bastaba un plenipotenciario de cada nación, y en verdad que Juárez siempre ha llamado á ese terreno á las tres naciones, sin que España quisiera entrar en él después de haber recibido satisfacción cumplida.

»¿Por qué entra ahora, no obstante haberse aumentado los agravios aun después de estar aquí la expedición?»

Ya ve usted, pues, señora, qué mal hizo España en mandar un liberal á representarla, cuando pudo haber elegido entre los muchísimos próceres de excelentes ideas con que afortunadamente cuenta. Altamente preocupado estoy con ello; pero más lo estoy porque usted no me ama.

Y como yo me quedara reflexionando un buen espacio, Calvo me dijo, poniéndoseme de hinojos:

— ¿Qué me dice, señora?

— ¡Que vaya usted á escardar cebollinos!



— ¿Qué me dice, señora?... — ¡Que vaya usted á escardar cebollinos!